

El caza diccionarios

por Sara Olivo



Enormes diccionarios geográficos, diccionarios miniatura en todos los idiomas imaginables, de deportes, de ferrocarriles, de medicina... Esta colección es el particular tesoro de don Santiago Fernández Olivares, bibliotecario durante veinte años en la Biblioteca Nacional. Los libros fueron su trabajo durante décadas, ahora tampoco puede vivir sin ellos. Más que un medio de vida, esta profesión debió de ser una forma de disfrute personal para este amante de las palabras.

Diccionarios biográficos de asesinos, y hasta uno tan curioso como el que incluye los nombres de las más afamadas cortesanas italianas del siglo XV; diccionarios de hechos, de ferrocarriles, de medicina e incluso uno tan escatológico como el de pedos con mascarilla incluida... Diccionarios de Ubedí, el habla de Ubeda, de boxeo, de teología. Así hasta 1.487 ejemplares atesorados durante casi cincuenta años. La pasión de Santiago Fernández Olivares por los diccionarios nace de la privación. Hijo de un humilde minero, Santiago, nacido en 1932 en Peñarroya, provincia de Córdoba, carecía de libros escolares y hubo de estudiar los cuatro años

7.000 de los 200.000 vocablos que poseemos. No hay nada más triste que oír a alguien decir que no se sabe explicar. Ni siquiera comprende que carece de palabras suficientes para expresar las ideas. Los diccionarios ayudan al enriquecimiento espiritual y moral en el entendimiento con los demás.”

Antes de ejercer como bibliotecario, don Santiago trabajó como profesor. Ni que decir tiene que todos sus alumnos estaban obligados a buscar al menos quince palabras en el diccionario cada día y a utilizarlas en su expresión oral y escrita. Los cuatro hijos de nuestro cazadiccionarios han heredado el afán



*“MENOS MAL
QUE LOS LIBROS
NO ARDEN,
TAN SOLO SE
QUEMAN”*

de bachillerato con el Espasa de la biblioteca del local del Frente de Juventudes de su pueblo... Aquello le marcó tanto que en cuanto pudo decidió acaparar el mayor número posible de diccionarios. Técnico Superior de Bibliotecas, durante 20 años y hasta su jubilación trabajó en la Biblioteca Nacional. Para él los libros son como el aire o el agua, no tienen precio.

“Los diccionarios nos ayudan a crecer. Una gran mayoría de españoles utilizan solo 400 palabras a lo largo de su vida, un catedrático de filología puede usar

por la erudición. Bien se preocupó su padre, firme creyente en la teoría de la transmisión de la cultura por impregnación, de dejar siempre libros en los estantes más bajos. *“Para que empezaran por romperlos y terminaran por leerlos y amarlos.”*

Son 1.487 diccionarios, pero la magnitud total de su biblioteca alcanza los 4.000 volúmenes, entre ellos la colección Austral al completo.

“Solo hace falta voluntad y espacio. ¿Cuánto habré invertido? No lo sé. Sobre todo tiempo. Es, ante todo,



“Una gran mayoría de españoles utilizan solo 400 palabras a lo largo de su vida, un catedrático de filología puede usar 7.000 de los 200.000 vocablos que poseemos”



una aventura con la que he disfrutado mucho. Cuando sales en su búsqueda no sabes con lo que te vas a encontrar. A partir del año 1961 comencé a dedicar aproximadamente 30.000 pesetas mensuales como presupuesto para libros. Vendía seguros el tiempo libre que me dejaba mi trabajo como bibliotecario para poder adquirirlos”.

Veinte años en la Biblioteca Nacional de Madrid

En la Biblioteca Nacional pasó por casi todos los departamentos: Registro, el mesetón, clasificaciones, información bibliotecaria. Doña Isabel Fonseca le enseñó mucho a un hombre al que le

gustaba tanto su trabajo que no tenía hora para volver a casa.

“Por la Biblioteca Nacional pasan unos 6.000 u 8.000 libros todos los meses y hay que hacer la ficha técnica de todos. Estuve mucho tiempo en la sección de registro, en contacto permanente con los investigadores. Yo les ayudaba a desenredar el ovillo en su trabajo, y ellos me lo agradecían buscándome diccionarios de aquellas materias en las que eran expertos, o trayéndome ejemplares curiosos de sus viajes.”

Su primer proveedor fue el puesto 15 de la Cuesta de Moyano. No hay



librería de viejo en Madrid que no haya pisado. Entre sus joyas más preciadas destaca una edición de 1875 del Diccionario Literario Bompiani, así como un ejemplar rarísimo de 1857 de conversación y lectura. Siente especial cariño por el *Alfabeto Castellano en Verso*, tan solo veintiocho palabras escritas cada una en una métrica distinta.

Su domicilio es un bosque de libros, un paraíso de la palabra por el que se pasea orgulloso. Su mujer, Charo, de cuando en cuando le dice que se los va a tirar todos por la ventana el día menos pensado, o que les va a prender fuego.

“Menos mal que los libros no arden, tan solo se queman.”

Su única aspiración aparte de seguir ampliando su tesoro es que la colección no se pierda, se venda ni se divida.

“Cuando yo falte, pasará a manos de uno de mis cuatro hijos...”

Mientras tanto tiene tiempo de sobra para seguir ampliándola. *“Antes de finales de año quiero llegar a los 1.500”.*

¿Quién dijo aquello de que el saber no ocupa lugar? Seguro que Don Santiago lo sabe... ■

AUTORA: Olivo, Sara.

FOTOGRAFÍAS: Olivo, Sara.

TÍTULO: *El Cazadiccionarios*.

RESUMEN: Don Santiago Fernández Olivares posee en su casa casi 1.500 diccionarios sobre todo tipo de temas. Bibliotecario de profesión y bibliófilo empedernido, don Santiago ha buscado durante más de cuarenta años cualquier oportunidad para recolectar estas obras de referencia. Una pasión que hoy se cristaliza en una colección de valor inestimable.

MATERIAS: Bibliotecas Particulares / Lectura / Bibliotecarios.